1ª Serie | Núm. 9.

LA REVISTA

Organo de la Academia Guatemalteca, Correspondiente de la Academia Española.

SUMARIO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

I. Sesión del 23 de agosto de 1888. — II. Discurso del señor Rosa.—III. Contestación del señor Cruz.

GUATEMALA.

Tipografía "La Unión," Octava Calle Poniente, número 6.

1888.

LA REVISTA

Organo de la Academia Guatemalteca, Correspondiente de la Academia Española.

1ª Serie. | Guatemala: 1.° de setiembre de 1888. | Núm. 9.

ESTE PERIÓDICO

sale á luz los días 1.° y 16 de cada mes. Un real es el precio de cada ejemplar, por suscrición ó aisladamente comprado. Don J. Víctor Sánchez tiene á su cargo la administración del periódico.

Sesión del 23 *de agosto de* 1888.

Señalado ese día para la recepción del académico D. Ramón Rosa, que desde hace años es miembro correspondiente de la Academia Española, leyó ese caballero el discurso que con tal motivo había preparado. Contestó con otro discurso el académico director don Fernando Cruz, en virtud de la designación que en él había recaído. Publicamos hoy ambas piezas, aunque con ese objeto haya sido preciso dar mayores dimensiones al presente número.

Concurrieron á la sesión, además de los individuos de la Academia Guatemalteca, el honorable Sr. D. Antonio de Castro y Casaleiz, representante diplomático de España en la América Central, y el doctor D. Juan Padilla Matute, miembro correspondiente de la Academia Española, invitados al efecto por medio de la Secretaría.

Discurso del señor Rosa.

SEÑORES:

Creía agotadas las pruebas de benevolencia que, de larga fecha, he recibido de los hijos de Guatemala; mas, con el placer con que se rectifican juicios que ceden á verdades lisonjeras para nuestro ánimo, vengo en declarar el error en que he incidido; pues, en la Patria de mi adopción y de mis afectos, recibo un nuevo testimonio de aprecio y simpatía, al incorporarme á la *Academia Guatemalteca*, por la gracia de vuestro llamamiento, expresado por vuestros votos unánimes y espontáneos. Empero; en esta hora de satisfacción legítima, tengo de someterme á la ley de la naturaleza que ordena que, aun á lo dulce de las más puras alegrías de la vida, se mezcle el acíbar del dolor; y dolor sincero me causa recordar que una gran desgracia, que tiene todo lo triste y todo lo irreparable de la muerte, haya sido parte á que llegue á este preciado puesto que dejó para siempre mi cariñoso é inolvidable amigo, el académico D. Manuel Ramírez, el modesto y culto ciudadano de la República de las Letras.

Bajo el dominio de tan opuestas impresiones, entre el sentimiento de la honra que regocija y obliga, y el sentimiento de un recuerdo que entristece y abate, siguiendo los usos adoptados por corporaciones del linaje de la nuestra, voy á procurar exponer algunos breves juicios y ob-

servaciones sobre la influencia que en Guatemala han ejercido y pueden ejercer los estudios especiales, en lo que respecta al adelanto y lustre de las ciencias y de las letras. Este asunto, por ser de interés en lo teórico y de trascendencia en la práctica, talvez logre llamar, en algún modo, la atención de la Academia; y por ser tratado por mí, con poca idoneidad y corto saber, me atrevo á esperar que alcance vuestra consideración indulgente. ¡Qué sobrado la necesita este pobre y defectuoso discurso, que dista mucho de las ricas y acabadas producciones del talento y del ingenio!

Desde tiempos lejanos, el sabio isleño de Cos, el padre de las ciencias médicas, en uno de sus Aforismos, fijóse en lo corto de la vida y en lo largo del aprendizaje del arte.* Esta verdad, aunque pertenece al dominio del vulgo, no se ha sustraído á la suerte de otras verdades evidentes que, en la vida real, son varias veces las más inadvertidas. En efecto; los hombres, ya porque se ofusquen por la demasiada luz de la evidencia, ya porque se sientan impulsados por los tentadores estímulos de la vanidad, ya porque se dejen llevar de las sugestiones de halagadora conveniencia de un momento; lo cierto es que, en su mayoría, aplican sus facultades con igual empeño á múltiples asuntos de observación y de estudio, en vez de concretarlas, previo examen de sus aptitudes, á estudios especiales; los únicos que pueden hacerse, dada la cortedad de nuestros días, los únicos que pueden satisfacer, en alguna forma, á las pobres vanidades humanas, los únicos que, siquiera sea paulatinamente, pueden corresponder á las combinaciones del cálculo con abundantes cosechas de sazonados frutos.

La naturaleza que todo lo tiene y que todo lo indica, aunque por la general ignorancia no se aproveche lo que posee, ni se atienda á sus indicaciones, nos muestra todos los días, merced al análisis fisiológico y psicológico, que en nuestros trabajos debemos buscar el centro de gravedad en los estudios especiales. Por poco que se observe el organismo humano y las funciones que le corresponden, se encuentra en él una gran suma de facultades que la ciencia clasifica y define; facultades diversas en actividad de individuo á individuo, y aún en un mismo sujeto, rudimentales las unas, medianas las otras, y sobresalientes las restantes. Hay más; por la carencia de un órgano ó por su defecto ó perturbación, se acrecientan y perfeccionan las funciones de otros órganos, y aún fuera de todo estado morboso, el perfeccionamiento de los ejercicios de un órgano se opera á expensas de la energía funcional de los demás órganos. Las observaciones biológicas, no sólo relativas al hombre, sino á los individuos del reino zoológico, que con más orgullo que ciencia llamamos *brutos*, conducen á la aplicación concreta de facultades, á lo particular en la aptitud, y á lo particular de su objeto; encaminan, en materia de trabajo y de producción, á ejercicios especiales.

Dada la enorme suma de millones de hombres que pueblan nuestro planeta, causa admiración el número insignificante de verdaderos sabios y literatos con que cuentan las naciones cultas. Si de ingenios se tratara, ó de genios como hoy se dice, no sería de extrañarse tan reducido número, porque el genio, por su índole esencial, tiene de ser creador, y las creaciones humanas, ó propiamente, las grandes combinaciones originales, por la contingencia de los hombres, tienen de ser muy pocas, y que aparecer, de tarde en tarde, en el estadío de las ciencias y de las letras. Tratándose de sabios y literatos, las aptitudes y aplicaciones son distintas. Sin negar que pueden elevarse á las alturas inconmensurables del genio, antes son y deben ser observadores solícitos de la naturaleza, acuciosos descubridores de sus secretos, é instructivos ó amenos publicadores de los conocimientos adquiridos. Para tener tales caracteres, basta emplear con perseverancia facultades especiales á objetos particulares de estudio; y noto que la fal-

* Ars longa, vita brevis - Hipócrates.
R. P. M.

ta de este empleo contribuye á producir el fenómeno indicado: el número limitadísimo de sabios y literatos, merecedores de este preclaro nombre, hecha comparación con la desmedida masa de individuos que componen la especie humana.

Tentado estoy á acercarme al optimismo, ó á un irreflexivo idealismo, aseverando que, en su mayor parte, la numerosísima familia de los tontos, así calificada por las Sagradas Letras, llegaría á desaparecer del haz de la tierra, si los hombres dirigiéndose por sí, ó recibiendo atinado consejo, buscaran la especialidad de sus aptitudes. Todo sér que vive como organizado, ó que acrece por el allegamiento de elementos físicos y químicos, vive ó acrece para algo. La naturaleza no produce lo inútil: todo sirve. A las veces, el más afamado sabio no puede ni aún intentar lo que hace acabadamente el rústico más oscuro. El problema está en saber para qué sirve cada individuo ó cada objeto, y en emplear, para el éxito, las respectivas facultades ó los procedimientos oportunos. He notado en los Estados Unidos Norte-Americanos —no de América,— que allá muy poco se habla de los estultos. Sin duda el sentido práctico y las observaciones exactas de aquella gran nación, hacen que cada uno se ocupe en lo que le corresponde, y que se haya restado el número de los tontos, y que vaya desvirtuándose la bíblica y desconsoladora sentencia, y que vaya preparándose la era dichosa en que los Diccionarios de las lenguas cultas registren el vocablo *tonto*, en calidad de casi inusitado. Era tan feliz será la del triunfo de la naturaleza, que sabia y previsora, produce millones de organismos para que, sin la marca de la incapacidad ó del ridículo, concurran todos, dignamente, al concierto magnífico de la vida universal.

Tras de las observaciones que preceden, es digno de tomarse en cuenta que la Europa, con su experiencia secular, más consistente que la de los jóvenes pueblos de Hispano-América, desde que adoptó el método del análisis de la experimentación, vió cobrar fuerzas á los estudios especiales, multiplicarse los conocimientos útiles ó recreativos, y ensancharse los círculos de la sabiduría y del arte. Así, no debe causar novedad que en las naciones del llamado Antiguo Continente, los conocimientos facultativos, y los que atañen á las artes liberales y mecánicas, tengan por su especialidad, por su utilidad ó por su belleza, impreso el sello de una perfección merecedora de ser deseada é imitada por los hispano-americanos. En particular, la sesuda Alemania debe atraer nuestra atención y recibir nuestro elogio por sus doctos especialistas que saben convertir un tema, científico ó literario, en objeto de toda una vida de ahincados trabajos de investigación y de estudio. Hay autorizados críticos que afirman que tan sólo en Alemania é Inglaterra existen verdaderas Universidades y Academias, debido á la especialidad en el profesorado y en los estudios. Yo apenas me atrevo á indicar su opinión, que bien puede estar sujeta á científicas y dilatadas discusiones. Como quiera que sea. Ciencia profunda é idónea para satisfacer, en varias condiciones, las múltiples necesidades de pueblos cultos; y literatura robusta, hábil para dar alimento á las distintas vocaciones artísticas de los individuos que hacen de lo bello el blanco de sus gustos; tales son los resultados que obtienen los europeos por la virtud de sus especialistas, que llevan á la ciencia y al arte el criterio fecundo de la Economía Política: la división ó la distribución del trabajo humano.

En Guatemala, los trabajos que, en ciencias y letras, podemos exhibir, como buenas muestras de talento ó de ingenio, se deben al cultivo de concretos estudios. Nuestros mayores, sea que las corrientes de las ideas sociales de su época los hiciesen reconcentrarse en su propio espíritu, sea que lo reducido de los programas de enseñanza los inclinase á

aplicar sus facultades á muy determinados objetos, sea que tuviesen el acierto feliz de obedecer á sus vocaciones, de medir sus fuerzas, y de metodizar y profundizar sus estudios; lo indudable es que, en lo general, supieron, más que nuestra generación, sacar partido de sus naturales dotes, y producir obras, relativamente perfectas, que son para nosotros, y serán para nuestros hijos, fuentes puras de dulce recreación, estímulos vigorosos para seguir, con paso firme, por la senda de los adelantos científicos y literarios, y motivos de noble y patrio orgullo, y títulos incontestables de verdadera gloria nacional

Los estudios especiales de José Antonio de Liendo y Goicoechea y de José Cecilio del Valle sobre Física, Matemáticas é Historia natural, dieron á sus enseñanzas aquella sustancia nutritiva que tánto fortaleció, entre nosotros, los embrionarios organismos de las ciencias y de las artes; y á su estilo, aquel nervio, y á su lenguaje, aquella propiedad y concisión, y aquellos cortes que dificultoso fuera imitar en nuestros días. La dedicación, en Jurisprudencia, de José María Alvarez, de Venancio López, y de Miguel Larreynaga, enriqueciólos con un saber profundo, haciéndolos acreedores á la autoridad y prestigio que tuvieron en la cátedra, en la magistratura y en la abogacía, de las que fueron, por sus Obras, los más bellos ornamentos. Las observaciones fisiológicas y psicológicas de Pedro Molina, la vasta práctica de José Luna, en especial en el ramo de Obstetricia, y los asíduos estudios de Máximo Soto sobre Medicina Legal y Jurisprudencia Médica, convirtiéronlos en maestros habilísimos de la juventud, y en auxiliares eficaces del bienestar de las familias. La aplicación de José Francisco Barrundia á las ciencias políticas y morales y á la lectura de los buenos escritores franceses de fines del pasado siglo y comienzos del presente, diòle capacidad para producir una série de Discursos y de escritos luminosos que, aunque incorrectos y nutridos de galicismos, son grandes por la majestad del pensamiento, y brillantes y fascinadores por la imaginación que señorea como inflamada por los ardientes rayos de un sol meridional. Los conocimientos especiales, jurídicos y administrativos, de Mariano Gálvez, á no equivocarme, colocáronlo en el primer puesto de nuestros legisladores y estadistas. Las Leyes de Gálvez, tan bien pensadas como bien escritas, tan científicas como practicables, debemos tenerlas en concepto de modelos dignos de seguirse por los estadistas que propendan al positivo bien de la sociedad en que vivimos.

En asuntos históricos, el atento examen de Alejandro Marure sobre los acaecimientos sociales y políticos de medio siglo, lo habilitó para dejarnos su *Bosquejo Histórico de Centro-América, y sus Efemérides*, que lo presentan como historiador juicioso, y á veces filosófico, y como escritor galano y persuasivo. Es de sentirse que el tercer tomo de obra tan valiosa, á juzgar por datos que tengo por ciertos, esté completamente perdido para la posteridad. El empeño con que Francisco de Paula García Peláez acopió y estudió antiguas crónicas y tradicionales relaciones, produjo sus *Memorias para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala*, que á vueltas de su falta de plan y de método, y de su lenguaje sopórifero, contiene datos minuciosos y utilísimos que sólo recoge y comunica el paciente investigador de los escondidos pormenores de pasadas edades. Tal obra es á manera de sedimento de los jugos de nuestras crónicas. Las muchas apuntaciones, tan científicas como curiosas, que hizo el erudito Mariano Padilla sobre diversos asuntos de nuestra Historia, debido á nuestra incuria han desaparecido casi por completo. Debemos consolarnos con que hayan servido, como materiales preciosos, al sabio frances, Abate Brasseur de Bourbourg, para la formación de algunas de sus excelentes obras. Parecidas pérdidas nos toca lamentar respecto de trabajos es-

peciales, históricos y geográficos, del instruido Juan Gavarrete.

La Filología, ramo de suyo dificilísimo, que requiere versación en lenguas muertas y vivas, y la observación más constante y sagaz, tuvo sus representantes en Antonio José de Irisarri é Ignacio Gómez. Irisarri nos hizo herederos, entre otras producciones clásicas, de sus *Cuestiones Filológicas*, obra incompleta, pero monumental, en que están de relieve sus profundos estudios de la lengua castellana, no hechos en las gramáticas publicadas desde los tiempos de Elio Antonio de Lebrija ó Nebrija, hasta los tiempos de Vicente Salvá, sino como él lo asegura y demuestra, *en los escritos de los clásicos de todos los siglos, que ciertamente no es obra que puede hacerse en poco tiempo ni con un corto trabajo.* Es mucho decir, pero el dicho corresponde al hecho; y hay que rendir pleito-homenaje al talento que predomina exhibiendo los justos títulos del trabajo y de la ciencia. Si en materias filológicas y literarias, aparte de otros méritos, Venezuela se envanece por poseer á Andres Bello y Rafael María Baralt, Colombia á José Rufino Cuervo y Miguel Antonio Caro, el Ecuador á Juan Montalvo, el Perú á Paz-Soldán y Unanue, Chile á Zorobabel Rodríguez, Cuba á Juan Ignacio de Armas, y México á Ignacio M. Altamirano, nosotros podemos enorgullecernos de poseer á Antonio José de Irisarri, el amigo apreciadísimo de García Tassara y de Bello, merecidamente ensalzado por americanos y europeos. Gómez, á su vez, aunque sin originalidad, nos hizo legatarios de escritos bien pensados y castizos, y de algunas traducciones que, en mi sentir, que es el mismo del señor Uriarte, son de las más recomendables que tenemos, por hallarse en ellas la exacta correspondencia del conocimiento del propio idioma, con el conocimiento de los idiomas extranjeros.

Si hacemos una excursión por el campo deleitoso de la poesía, encontramos á José Batres Montúfar† y á Juan Diéguez que nos han dejado, en su respectivo género, producciones, si se quiere acabadas. Cómo da á conocer Batres, particularmente en sus *Leyendas*, la buena escuela en que aprendió á tomar el sentido estético y las naturales y bellas formas de insignes poetas italianos, ingleses y españoles! Idea trascendental, plan bien concertado, estilo ameno, fiel colorido en la descripción, y espontaneidad y armonía en el verso; tales son los principales distintivos de las poesías de tan peregrino ingenio. Y Juan Diéguez que estudió, con el ahinco del trabajador y con la pasión del artista, las obras clásicas de los griegos y latinos, se me figura vate inspiradísimo venido, como por magia, de las antiguas campiñas romanas, ó de las rientes riberas de helénico río, á esta tierra virgen, cuyo cielo limpio y radiante, nos lo hace amar, si cabe, con más apego del corazón, su tierno canto de proscrito á los "azules altos montes," á los *Cuchumatanes*; y cuyas tardes primaverales nos parecen más bellas y las sentimos más tibias y voluptuosamente poéticas, al decir más que con los labios, con el alma estremecida, aquellos versos de sus *Tardes de Abril*, divinos versos en que circula la fecunda savia de nuestra naturaleza intertropical, en que destila la miel de las ricas y sabrosas frutas de nuestra zona, y en que se aspira el aroma de las flores de nuestros agrestes bosques y encantados jardines; aroma no más puro y suave que el de aquella alma profunda, dulce y melancólica, que supo comunicarnos, como raro secreto que le diera soberana inspiración, las intímas contemplaciones, las infinitas tristezas, los vagarosos ensueños, las sublimes visiones, y los celestes ideales del poeta!

Descendiendo de las idealidades de la poesía á las realidades de la vida, no puedo menos de traer á cuento, por la especialidad de los estudios y de sus producciones, al fabulista Rafael G. Goyena, y al escritor de costumbres José Milla y Vidaurre. (Salomé Jil.) Goyena, bajo el velo de la

† Fué anterior y de gran mérito el poeta latino (S.J.) Rafael Landívar, natural de la antigua Guatemala, que escribió en versos virgilianos los poemas titulados Rusticatio Mexicana, dedicándolos á su ciudad natal en

ficción expresada donosamente, al través del sutil encaje del apólogo, nos ha mostrado altas verdades de moral, severas reprobaciones del vicio, y delicados encomios de las virtudes. Milla, el inolvidable fundador de nuestra *Novela Histórica*, en sus *Cuadros de Costumbres*, que por su fidelidad y colorido, más parecen obra del pincel que de la pluma, nos ha dejado exactas y bellas copias de lo que hemos sido y de lo que somos, y entre el claro-oscuro de sus cuadros, una especie de diseño, que indica lo que debemos ser como buenos y civilizados.

De qué manera, en distintos medios, y apelando á recursos diferentes, coinciden en el mismo fin el fabulista y el escritor de costumbres! ¡De qué manera se hermanan, para enseñarnos, los ingenios de diversa índole, de Goyena y de Milla! ¡De que modo el uno hace valer la moral individual, y el otro la moral social! Feliz parentesco, feliz fraternidad de ingenios, que producirá el fenómeno de que cuando las generaciones que han de venir hayan olvidado nuestras convulsiones sociales, y los desaciertos y hasta los crímenes políticos de sus predecesoras, todavía recordarán, con provecho, el apólogo de *El Pavo Real* que condena las necias vanidades; y recordarán, para su solaz y su instrucción, los tipos nacionales é imperecederos de *Juan Chapín* y del *Guanaco*. ¡Que á tánto se extienden los fueros, que á tánto llegan los privilegios de los ingenios que alcanzan estudiar y hacer visibles, por la virtud del arte, como en formas esculturales, la vida moral y las costumbres de los pueblos!

Basta reflexionar un poco sobre los incompletos y asaz imperfectos apuntamientos anteriores, para obtener la conclusión de que los estudios especiales han ejercido una influencia benéfica en Guatemala, en orden al arraigo, crecimiento y lustre de las ciencias y de las letras. Sin su especialidad, ninguno de los talentos ó de los ingenios que he citado, habría podido sobresalir, en su línea respectiva, ni dado sería que hoy disfrutásemos de los productos de sus obras y enseñanzas. Si Valle se hubiese dedicado á componer versos, novelas y cuadros de costumbres, no habrían salido de su pluma, como brotes exuberantes, sus numerosos é instructivos escritos, algunos de ellos dignos de un sabio: si Irisarri se hubiese entregado á lucubraciones astronómicas, no habría profundizado sus conocimientos en el idioma, ni merecido que, como á prosista eximio, se le diera, en el extranjero, el glorioso calificativo de *Cervantes Americano*: si Milla se hubiese aplicado á estudios comerciales é industriales, no habría observado con tan fino y delicado criterio nuestras costumbres y modismos, ni podido pintar sus primorosos cuadros que, más que por la concepción del asunto ó del motivo, resaltan por el buen dibujo y el colorido fiel de los detalles; y si Diéguez hubiese preferido los estudios físicos y matemáticos, no habría cultivado, con tánta intimidad, su trato con los maestros del arte, de la Grecia y del Lacio, ni conocido tan bien las bellezas que mostraron, ni dado todo el vuelo á su arrobadora inspiración que palpita, henchida de clásicos recuerdos y de modernas ideas, en el fondo de sus sentidas y dulcísimas poesías.

Después de raciocinar de tal suerte, talvez sea del caso prevenir objeciones que pudieran formarse por mis marcadas tendencias á la especialidad en los estudios. No pretendo que los hombres, y menos los que hacen profesión de las ciencias y de las letras, prescindan de instruirse en todos los ramos del saber humano que puedan abarcar, dados sus talentos, su tiempo, y sus recursos materiales. Presiden al Universo las leyes de la unidad y de la variedad. Las ciencias y las artes, aun las que parecen menos afines, tienen como los sistemas planetarios, en la Astronomía, su atracción; como las maquinarias, en la Mecánica, sus correspondencias y engranajes; y como los géneros, especies y familias, en la Historia Natural, sus relaciones y paren-

su sentida y magnífica poesía que empieza así:
Urbi Guatimalae.
Salve, cara Parens, dulcis Guatimala, salve,
(Bononiae 1782)

tesco, más ó menos cercano. No preconizo, pues, la adopción de un exclusivismo absoluto, que ni posible sería, porque no hay capacidad para descollar en una ciencia ó un arte sin los auxilios de otras ciencias ú otras artes. A lo que mi tendencia llega, á lo que mi idea se contrae, es á que las facultades predominantes en el individuo, en lo científico ó en lo artístico, se trate de perfeccionarlas de un modo especial, y de aplicarlas, con fe y constancia, y hasta con predilección, al objeto que la naturaleza les depara.

Por rico que sea un organismo en facultades, siempre hay alguna que lo distingue, que *le imprime carácter*. Y sinó, véase la comprobación de lo que afirmo, observando las habitudes y procedimientos de nuestros hombres de ciencia y de letras. Irisarri era sobresaliente publicista; pero estudiaba, más que los orígenes y desarrollo de las revoluciones romanas, inglesas, francesas, españolas y americanas, los orígenes y desarrollo de la lengua de Castilla: Valle era literato; pero estudiaba, más que las Oraciones de Marco Tulio Cicerón y que los preceptos retóricos de Fabio Quintiliano, las clasificaciones botánicas de Carlos Linneo, y los trabajos experimentales de Jorge Cuvier, *el Aristóteles del siglo XIX*: Batres Montúfar era aprovechado matemático; pero estudiaba, más que las proporciones aritméticas, que las ecuaciones algebraicas, y que las medidas geométricas, las obras de Casti, de Byron y de Quintana: Milla era algo entendido en ciencias políticas y morales; pero estudiaba, más que las producciones de Montesquieu, de Tocqueville, de Beccaria y de Stuart Mill, nuestras tradiciones coloniales, nuestras costumbres criollas, y los indianos idiotismos de nuestros pueblos: García Peláez era mediano teólogo y canonista; pero se fijaba más que en los vuelos del *Aguila de los Teólogos*, Santo Tomás de Aquino, en los escritos históricos de Garcilaso, *el Inca*; y más que en Graciano y en el *Corpus juris canonici*, en las crónicas, ó más bien, cronicones, de Díaz del Castillo, de Remesal, de Vázquez, de Fuentes y Guzmán, de Ximénez y de Juarros; y Diéguez era gran jurisconsulto; pero estudiaba más que la Filosofía jurídica de Emilio Papiniano, la inmortal Eneida de Publio Virgilio; más que las Instituciones, Pandectas y Novelas de Justiniano, el Arte Poética de Quinto Horacio Flaco; más que las glosas de Gregorio López, la reforma literaria de Garcilaso de la Vega; y más que las leyes del Fuero Juzgo, del Fuero Real, de las Partidas, de la Recopilación y de las Indias, las leyes de la Estética, dictadas por la naturaleza, formuladas por la ciencia, y promulgadas por esos divinos pregoneros, filósofos, poetas y artistas, cuya voz escuchan conmovidas las generaciones, para adquirir los bienes de oírla, por siempre, como celeste melodía del alma, y de darle eterna resonancia en el decurso indefinido de los siglos.

Prevenidas las objeciones que pudieran surgir en contra de mis asertos, debo notar que la falta de estudios especiales, tomados en cuenta los muchos elementos materiales y morales de nuestra época, que serían maravilla ó asombro para nuestros mayores, ha causado en Guatemala una palpable cuanto desgraciada retrogradación en ciencias y letras. Tal vez se entienda que como voy entrando en años, siga la natural propensión que hizo decir al profundo sentidor de las grandezas y pequeñeces humanas, Jorge Manrique, que "cualquiera tiempo pasado fué mejor." Empero, no es así. No soy tan viejo como para aferrarme, de todo en todo, á lo que fué, ni tan joven como para echarme en brazos de ethéreas ilusiones. Sin desconocer los méritos relevantes de algunos de nuestros hombres de actualidad, estoy por lo pasado, en materia de ciencias y letras. Y me duele no hablar de tales méritos; pero tendría que decir mucho de personas que viven, de mis maestros, de mis condiscípulos, de mis discípulos y de amigos

queridos que tienen, para mí, la autoridad del saber, y derechos adquiridos á mi consideración, á mi cariño y á mi gratitud; y mi juicio por mesurado que fuese, en el sentir de muchos, sería como arma de dos filos que, á la vez, heriría á los elogiados y al autor de sus elogios. Triste cosa es, tratándose de los que viven, esperar que la muerte los arrebate para poder juzgarlos fuera de la atmósfera de los intereses del momento, de las ruines envidias, de las bastardas pretensiones y de los torcidos comentarios! Lo definitivo y solemne del sepulcro es lo único que, ante el mundo, garantiza la imparcialidad y la rectitud de un juicio. ¡Ojalá que no llegue á tocarme la tarea dolorosa de expresarlo, alguna vez, con respecto á los pocos guatemaltecos que hoy son raras preseas, y por lo mismo, inapreciables, de nuestras ciencias y de nuestras letras!

Apartándome de lo personal, á que me he referido por incidencia, está en sazón que agregue que la falta de estudios especiales obsta, entre nosotros, á que se formen personalidades científicas y literarias, y á que se constituya la verdadera crítica literaria que, en naciones muy adelantadas, es un ramo particular del humano saber, y una actividad social, y una de las más pronunciadas energías del poder del pensamiento.

La naturaleza ha dado á cada individuo su organismo, su temperamento, sus aptitudes, sus vocaciones, sus gustos, su carácter propio. Tales distintivos son los que la crítica filosófica aspira á ver marcados, claramente, en las obras de los hombres de la ciencia y del arte. Pero ¿cómo sin estudios especiales podrá reconocerse la idiosincracia de un individuo, podrá señalarse el rasgo principal de su carácter, podrá particularizarse la índole de su vocación, podrá valorarse el producto de su talento ó de su ingenio, podrá delinearse su fisonomía, y decirse lo que expresa, como reveladora del espíritu ó de la fuerza que la anima? Más que dificil, imposible es determinar una personalidad literaria, si el juicio no estriba sobre la base de una vocación particular, y de especiales estudios y producciones. La personalidad humana puede reconocerse desde que la observación indica, por la vista ó por el tacto, que hay en el claustro materno un nuevo organismo: la personalidad jurídica puede determinarse desde que un individuo llega á cierta edad, comprobada por la operación elemental de una suma de años; y la personalidad colectiva puede fijarse, fácilmente, en presencia del cumplimiento ostensible de las condiciones que el derecho público ó el administrativo exigen á las entidades morales que realizan ó deben realizar un fin social. Pero en materias científicas y literarias; ¿cuál es el criterio que deba aplicarse para juzgar de la personalidad? El criterio puede formarse y aplicarse. No obstante, es dificilísimo efectuarlo, por lo amplio y complejo del asunto. En ciencias y letras la personalidad se reconoce por el pensamiento que señorea, por el estilo que da la medida de su fondo y marca sus gradaciones y matices, y por el lenguaje que lo encarna y le proporciona el ropaje ó harapo, ó modesto y decente, ó riquísimo y deslumbrador de las formas. Arduo es, pues, formar criterio para reconocer, y más. calificar, una personalidad de tal especie. Necesítase de ciencia, no aprendida en gacetillas de periódicos, para sondear las profundidades de la idea; de observación contínua y de gusto depurado, para juzgar del valor y del aquilatamiento del estilo; y de sólidos y comparativos conocimientos de idiomas y dialectos antiguos y modernos, para expresar opinión sobre los defectos y vicios, ó los méritos y excelencias del lenguaje.

Si se aplica el enunciado criterio á los pensadores y escritores de nuestros buenos tiempos, ya que no puedo hablar de siglos de oro, no vacilo en aseverar que. en su mayor número, puede ser reconocida, sin esfuerzo, su personalidad científica ó literaria. Quien haya leido un escrito de

Valle puede reconocer á su autor en sus demás escritos, por el hilo firmísimo de su pensamiento, por su exposición científica de observaciones y datos, por la marca indeleble de su estilo, y por la concisión y sobriedad de su frase, demasiado cortada y opresa, y por esto defectuosa, y á veces, afectada ó rebuscada: quien haya leido algunas páginas de Irisarri no podrá menos de reconocerlo, en otras muchas, por la solidez y mesura de sus juicios, por sus tendencias positivistas, y por su prosa, limpia y castiza, no exenta de las pretensiones y resabios de un engreido y exajerado clasicismo: quien haya leido un discurso de Barrundia, tiene de reconocerlo, al punto, en sus demás discursos, por los vuelos atrevidos, algunos muy románticos, de su idea; por el fantasear brillante de su imaginación *castelariana;* y por sus grandes períodos preñados de frases de efecto magnífico, y de execrables incorrecciones: quien haya leido una novela, ó un artículo humorístico de Milla y Vidaurre, que no se distingue por la ciencia profunda ni por la grande invención, reconocerá siempre, en sus demás obras, por lo festivo del espíritu, por la copia animadísima, y por la agudeza, la oportunidad y el chiste en el decir, al popular escritor de costumbres guatemaltecas; y quien haya leido algunas estrofas de Diéguez, de presto, reconocerá, en cualquiera de sus cantos, al autor de *La Garza*, por lo profundo é íntimo de su sentimiento, que no concuerda siempre con la deseable elevación de la idea; por lo pintoresco de sus descripciones; por lo tierno, sin *sensibilismo*, de su expresión; y por lo acabado de sus versos expurgados de conceptos especiosos y de groseros ripios, propios de los rimadores—*Córpora sine péctore*,* calificativo de Horacio—aspirantes á la plaza envidiable de verdaderos poetas.

En nuestros tiempos los escritores, en prosa y verso, hecha excepción de un corto número, carecen de personalidad científica ó literaria. Se necesita ver la firma del que escribe, ó tomar informes en la imprenta, para pronunciar el nombre del autor de una obra. No sucede otro tanto con la mayoría de nuestros escritores que figuraron, poco más ó menos, en los dos primeros tercios de esta centuria. Su pensamiento, su estilo, su lenguaje, diéronles personalidad, y si vale decirlo así, fueron de oficio denunciadores de sus nombres. En consecuencia, debemos por la aplicación insistidora de las facultades que predominen, y por la especialidad en los estudios, formar la conciencia *del yo* literario, poseer un estilo propio, y despues entregarnos confiados, como el marino á las movibles olas, á las espontáneas ideas y natural expresión, que brotan vigorosas y crecen lozanas, cuando hay terreno preparado y abonado por serios estudios y concienzudas reflexiones.

Donde todos, en los campos comunales de fáciles generalidades, piensan lo mismo, discurren lo mismo, y dicen lo mismo con abrumadora uniformidad de rudimental concepto, y eterna monotonía en la forma; donde no hay distinción en la idea, en la particular enseñanza, ó en la manera de darla, se está muy lejos de que arraiguen las ciencias y las letras, é inepcia sería afirmar que puede adelantarse en su cultivo. Soy partidario convencido de la democracia en lo político, entiéndase de la democracia ante la ley; pero en la ciencia y en el arte, soy partidario intransigente de la aristocracia de los talentos y de los ingenios. Sin aptitud manifiesta, sin distinción en un ramo determinado, sin autoridad reconocida, merced á las ejecutorias del estudio y de las obras, no se me alcanza cómo pueda haber en un país, grande ó pequeño, rico ó pobre, verdadera ciencia y verdadera literatura. Por la índole de nuestra raza y de nuestra educación somos muy dados á generalizar y á soñar, y á pagarnos de vastos programas de enseñanza y de fraseologías que por lo huecas suenan mucho; pero á la hora de entrar en liquidación no alcanzamos un saldo á favor de las ciencias y de las letras.

* "versus inopes rerum, nugaque canorae", dice tambien Horacio, siendo esto más aplicable.

* Scribendi recte sapere est et principium, et fons.

Por tanto, sin que estas palabras expresen un decreto, debemos cambiar de rumbo, ya que así lo exigen, para que haya autoridad, éxito, prestigio, y hasta decoro, las necesidades ingentes de la diplomacia, de la gobernación, de la magistratura, del profesorado, de la industria, de las ciencias, y de las artes y letras de la República.

Imposible, además, que tenga asiento preparado y cómodo la crítica literaria sin la especialidad de los estudios. El crítico, por lo menos, debe saber tanto como el autor de la obra sujeta á sus juicios analíticos. La crítica requiere dos términos indispensables: sujeto y objeto; escritor que juzgue en conciencia, y con saber maduro, y obra producida conforme á un plan preconcebido y concertado, y con un fin definido, ó alguna vez presentido ó adivinado por la inspiración de la ciencia ó del arte. Mas sin estudios especiales, ¿cómo puede formarse un crítico, cómo puede formarse un autor? No puede haber sujeto ni objeto. La crítica, y profano este nombre, tiene de limitarse, en poesía, á decir que los versos son fáciles, fluidos y armoniosos, aunque sean trabajados, empedernidos, y hasta destructores del tímpano del oído; y en prosa, á decir que un escrito es elegante, correcto, espléndido, vulgarizador del derecho humano, del progreso y de la civilización, aunque por otra parte, sea contrahecho, antigramatical, nebuloso, atentatorio á lo legítimo, y adverso á los adelantos de la cultura social. Bajo los auspicios de esos lugares comunes, y bajo la autoridad de esas canonizaciones que convierten en santos adorables á los que no han sido reconocidos, siquiera sea en el predicamento de beatos, no puede ni podrá medrar la crítica literaria. Haya conocimientos sobre el fondo de las cosas, y no vagas ideas, á estilo de reminiscencias de otra vida, que como cuerpos esféricos, en plano inclinado, se deslizan sobre las superficies de múltiples objetos; haya autoridad en el que juzga con el noble criterio del educador que estudia, reflexiona y enseña, y saber en el que produce, científica ó literariamente, con el afán y las vigilias del trabajador concienzudo; y entonces tendremos un tribunal respetable de verdaderos críticos, justicieros y docentes.

Por de pronto no hemos de poseer, para nuestro bien y nuestra honra, un Schlegel, como Alemania, un Macaulay, como Inglaterra, un Saint-Beuve, como Francia, un Ticknor como Norte-América, y un Larra, un Valera, un Revilla y un Alas, como España; pero al menos tendremos los censores científicos y literarios que necesitamos, en relación con las virtudes y vicios propios de la edad juvenil de las ciencias y letras nacionales. Y dudoso es que pueda constituirse, de presto, siquiera una crítica moderada relativa á nuestro estado social y á nuestras condiciones peculiares en ciencias y artes. Como la tradición arraigada opone formidable valla aún á las más exigidas innovaciones sociales y políticas, así las nulidades y las medianías endiosadas oponen muro granítico á la acción y al empuje de la crítica sensata. Razón les sobra por el momento. ¿Qué sería, en Centro-América, de las improvisadas cuanto ruidosas reputaciones políticas, guerreras, científicas, artísticas y literarias, si la Crítica llegase á constituirse, á entronizarse, á empuñar su cetro, y á dictar sus soberanos decretos? Yo diría que, habiendo verdadera crítica, en su mayor parte, nuestros personajes centro-americanos quedarían convertidos, cual más, cual menos, en términos de Física, en átomos; en términos de Química, en simples; en términos de Zoología, en infusorios; en términos de Astronomía, en nebulosas; en términos de Medicina, en alienados; en términos de civil derecho, en incapacitados; en términos de Cánones, en vitandos; en términos de Teología, en precitos; en términos de Economía Política, en consumidores improductivos; en términos de Historia, en pre-históricos ó desconocidos; en términos de Arte musical, en notas falsas; en términos de Arte pictórico, en toques; en tér-

minos de la Gaya Ciencia, en exhalaciones fugaces de la región ethérea; en términos de Filosofía, en abstracciones ontológicas; y en términos de Matemáticas, que son los más radicales y concluyentes, en cantidades negativas.

Grande y provechoso ministerio es el de la crítica, cuando hay términos hábiles para que se ejerza dando estímulos á los unos, correctivos á los otros, y á todos saludables enseñanzas. Por esto tiene mi adhesión y mi aplauso la iniciativa feliz que ha hecho mi antiguo compañero de estudios y bondadoso amigo, el ilustre Director de esta Academia, para que se escriban las Biografías de algunos de nuestros principales hombres de letras; iniciativa en parte dirigida á mí, y á la que hasta ahora puedo corresponder manifestando mi propósito de coadyuvar, con la poquedad de mis fuerzas, á su cumplida ejecución. Nos será dable, secundando el noble empeño de nuestro Director, juzgar del espíritu que animó á nuestras personalidades literarias, valorar los resortes que movieron sus ingenios, indicar las fuentes de donde tomaron su saber y sus inspiraciones, contemplar sus trabajos y vicisitudes, notar la influencia que ejercieron en su época, justipreciar los instrumentos de su estilo, y señalar la propiedad ó impropiedad, la corrección ó incorrección del lenguaje en que supieron encarnar el alma de su pensamiento. Así veremos, en una especie de observatorio, cómo se elaboraron sus ideas, entre los recuerdos y las enseñanzas de lo pasado, las impresiones y apremios de lo presente, y las contemplaciones imaginativas de lo futuro; mezcla, al parecer informe, de memorias, de hechos, de previsiones y esperanzas, que proporciona el material precioso con que, temprano ó tarde, se construyen las obras inmortales de la ciencia y del arte.

En orden á la especialidad de nuestro Instituto, es lícito conceptuar que está más allá de todo encarecimiento la influencia que ejercen y pueden ejercer sus trabajos aplicados á particulares estudios. Nuestro fin primordial es cuidar de la conservación y adelantamientos de nuestro idioma; *summa hæc est*, según el clásico Virgilio. Para ello, podemos formar y publicar juicios críticos, sobre nuestros prosistas y poetas, que pongan de manifiesto, para general enseñanza, sus cualidades de pensadores, de *estilistas* y de hablistas: reunir las voces que empleamos mucho, de indiano origen, estudiar sus etimologías y aplicaciones, y comprobar la utilidad ó necesidad de las que merezcan carta de naturaleza en nuestra lengua: hacer el estudio interesante de las voces castizas que nos legaron nuestros conquistadores, que pasan como verdaderos arcaísmos en nuestra Madre-Patria, y que sin contra-fuero debemos usar, por ser bien nacidas, y por tener en nuestra tierra el vigor y la frescura de un lenguaje nuevo; y por fin, puesto que privan entre nosotros las lecturas de obras francesas é inglesas, y de malas traducciones castellanas, estudiar y apuntar nuestros peculiares galicismos é inglesismos, á efecto de evitar su inconsiderada adopción. Con tales trabajos, en la medida de nuestras aptitudes, contribuiremos al sostenimiento y progreso de nuestro sencillo, opulento y majestuoso idioma que, no obstante los decaimientos de nuestra raza, está preconizado, aún por pensadores extranjeros, para ser el idioma universal de los pueblos civilizados de la tierra.

Usaría, y además abusaría del derecho que me conceden vuestra atención y condescendencia, si reportando poco ó nada las ciencias y las letras, persistiese en amplificar mis ideas. Quede para personas doctas, con buen caudal de talentos y de ciencia, patentizar todas las excelencias de los estudios especiales, y evidenciar, por la virtud edificante del consejo y del ejemplo, sus ventajas y provechos. Expuestos mis incompletos juicios, en la pobre forma de que he podido valerme, sólo me resta que expresaros, no por vanidad pueril, sino por egoismo perdonable del cariño, que de cuantos títulos he recibido,

inmerecidamente, de Corporaciones científicas y literarias, de Europa y América, apreciándolos y agradeciéndolos todos, el que más conmueve mi sentimiento es el que habéis tenido la largueza de otorgarme; pues lo estimo como prenda de mi hogar y de los míos, y como estímulo y aliento que me da mi Patria. Pueda alguna vez, con ideas y obras, corresponder á honra tan insigne, y á tan señaladas mercedes; y sea tan feliz que, andando los tiempos, después de alzadas las cosechas excelentes de vuestros ingenios, algún rebuscador de rezagos literarios dé con este escaso fruto de mi pensamiento; y al recogerlo, asocie mi nombre al vuestro, y por ello, al nombre que tánto amor y respeto nos inspira, al nombre de nuestra buena y amada Guatemala.

Contestación del señor Cruz.

SEÑORES:

Comenzábamos apenas á preparar los cimientos de un templo, siquiera fuese modestísimo, consagrado al culto de nuestro idioma y nuestras patrias letras, cuando uno de los que habían de contarse entre sus más inteligentes obreros, desapareció para siempre, arrebatado por la mano inexorable de la muerte. Manuel Ramírez, el patriota esclarecido: el ciudadano de palabra y de maneras tan insinuantes y atractivas que al punto sabía hacerse dueño del corazón de cuantos se le acercaban: el demócrata siempre afable y siempre igual, ya señoreara los puestos más encumbrados y eminentes de la República, ya encerrado en las paredes de su hogar y en el retiro de la vida privada, se entregase á las dulces expansiones de la amistad: el orador de concepción clara y perspicaz, de suave y fácil expresión, y de espontánea, natural y persuasiva elocuencia, se fué, dejando vacío y enlutado el puesto que sus méritos le señalaron en nuestra Academia correspondiente. Los que á honra teníamos el título de amigos y compañeros suyos: los que pudimos apreciar cuánto valían los luminosos destellos de la inteligencia y las palpitaciones generosas del corazón, de aquel republicano sencillo, enemigo siempre de exterioridades, de pretensiones y aparato, podemos decir con verdad que si la magistratura, la tribuna y el Estado sufrieron con su muerte una gran pérdida, grande y no menos lamentable la sufrió también la naciente Academia de Guatemala. Por eso iban humedecidas con nuestras lágrimas las flores con que decoramos la puerta de su sepulcro al acompañarle hasta ella y darle el adiós de despedida en ese eterno y misterioso viaje del que ya ninguno vuelve: al dejarle en esa puerta en la que, como en la del infierno del poeta de Florencia, hay una inscripción que hace que muera aquí toda esperanza para los que se quedan en la tierra con sus dolores y con sus recuerdos. Y por eso también, al propio tiempo que guardamos con religioso cariño su nombre y su memoria, en interés de la Academia, para consuelo y satisfacción de sus individuos, y como tributo de honor al compañero que perdimos, hemos llamado al seno de esta sociedad á que ocupe aquel lugar que nos era tan querido, á compañero no menos digno y menos estimado, al doctor don Ramón Rosa. Acepte la cariñosa bienvenida que, en nombre de todos mis compañeros y en el mío, le ofrezco cordialmente, el galano y sustancioso escritor que ha enriquecido la prensa con bellas producciones literarias: el laborioso ingenio que se dedica con afán á investigaciones filológicas é históricas: el crítico sagaz que dictó la hermosa introducción de las poesías de J. Joaquín Palma: el sereno pensador que hábilmente ha trazado en magistrales discursos los verdaderos derroteros de la instrucción para que sea útil, fecunda y progresiva en Centro-América; y el literato estadista que tánto se complace en enaltecer la memo-

ria de los que fueron la gloria de las letras nacionales, y que supo escribir la biografía de José del Valle con pluma digna del hombre ilustre cuya gloriosa carrera se historiaba. La unanimidad de nuestros votos le responde de la afectuosa simpatía con que hemos querido atraer al que ya con razón había sido distinguido por la Real Academia Española con el título de socio correspondiente; y hemos de congratularnos de la manera no menos cariñosa y expresiva con que él ha acogido una demostración que en cierto modo procedía del natural y disculpable egoismo de allegarnos el nombre de quien lo tiene tan bien puesto en los anales literarios de nuestra tierra centro-americana.

Y cuán agradable y consolador es contemplar cómo nos vamos así agrupando muchos de los que juntos comenzábamos un día los estudios de nuestra carrera literaria. cuando las verdes esperanzas y las frescas y fragantes ilusiones, como otras tantas mariposas de espléndidos colores, batían las alas impalpables sobre nuestras frentes, limpias todavía del polvo del tiempo, no arrugadas aún por los desengaños ni desteñidas con la mancha sombría de los pesares y de las oscuras realidades de la vida! En aquella isla encantada, embellecida con las suaves tintas de la primera aurora de la juventud, al abrigo de los vientos y de las tempestades de las pasiones que agitan y revuelven las capas superiores de la atmósfera social, quién nos dijera que las tierras de aquel mañana con que tanto delirábamos, eran tierras ingratas donde lo que en lejana y engañosa perspectiva se nos antojaron interminables jardines de primorosas y embalsamadoras flores, eran casi sólo desiertos de erizados cardos, donde cada rosa que se coge, cada aroma que se aspira y cada gota de rocío que se bebe es después que ha destilado mucha sangre de las heridas dolorosas que nos han abierto las punzadoras espinas! Dichoso tiempo aquel en que todas nuestras luchas eran las de una noble emulación en el campo del saber: en que las ideas y las teorías se nos presentaban deslumbradoras y llenas de atractivo seductor porque iban vestidas de inmaculado y cándido ropaje: en que no sospechábamos que éste habría de romperse y de mancharse en cuanto tuvieran que cruzar por entre las asperezas y realidades de la existencia y de las ambiciones, y en que no habíamos aprendido á leer todavía en ese libro de los desencantos fríos que se llama *la experiencia!* Quién más, quién menos, ya todos sabemos hoy por desgracia, lo que son los hechos, cuánto pueden las pasiones, cómo se agitan los intereses: todos hemos mojado nuestros labios en la copa de los pesares y de las amarguras de la vida; y algunos hemos sentido ya lo que es el vacío insondable y la infinita tristeza de la soledad de las almas! Poco nos queda de aquel riquísimo tesoro de ilusiones y de fe que creíamos inagotable; pero apesar de nuestras vicisitudes y nuestras fortunas varias, nos es dado al menos, congregarnos aquí otra vez, y en medio de mágicas y perfumadas reminiscencias, darnos el abrazo de la fraternidad de la inteligencia y del sentimiento. Henos aquí como hermanos dispersos que, después de andar errantes muchos años, expuestos á los huracanes del desierto y á las tormentas del océano, olvidan sus trabajos y sus penalidades al reunirse por fin en dulce conversación y en lazo estrecho al rededor del fuego del hogar de la familia, mientras afuera están azotando rudamente á los transeuntes los crudos rigores de las nieves del invierno!

Digno, por todo extremo de fijar la atención de la Academia y de cuantos se interesan por los progresos científicos y literarios de la República, es el tema que con amplitud y en forma de tanta amenidad y agrado, desenvuelve el doctor Rosa en el discurso que hemos tenido la complacencia de escuchar. Si el efecto de su lectura no es dejar engreída nuestra vanidad de hoy: si su palabra no es la mentirosa lisonja que acabe de adormecer al presente en la censurable indolencia que parece estarle convidando, es

sí la voz amiga que con la franqueza severa pero cariñosa de la verdad, advierte el mal que puede apoderarse de un organismo para que se combata en tiempo y para que se aperciba á la lucha y al trabajo para dominarlo. Si amaga una enfermedad, si se anuncia una decadencia; descubrirlas, señalar el origen, indicar el remedio, es el servicio valioso que presta el que de veras quiere, mientras que dejando pasar inadvertida esa dolencia, descuidando llamar la atención á los síntomas que la sirven de precursores, por no alarmar la sensibilidad, el mal pudiera llegar á asumir grandísimas proporciones hasta hacerse irremediable, ó por lo menos, de curación sumamente difícil y prolongada.

Acompañando al orador académico en la juiciosa revista que pasa à los hombres que en las generaciones que inmediatamente nos han precedido, consagraron sus talentos al cultivo de las ciencias y de las letras, no puede desconocerse que tenemos una ascendencia gloriosa y una tradición que impone el estrecho deber de que se mantenga vivo el fuego de la ciencia, y limpio y luciente el esplendor con que se bañaba en otros días la literatura patria. ¿Les lleva ventaja la generación actual, así en el estudio de las ciencias como en los diversos ramos que constituyen las letras humanas? Sin necesidad de tener que llegar á escabrosas y delicadas comparaciones entre unos nombres y otros nombres; sin desconocer tampoco los méritos sobresalientes de algunos de nuestros maestros para quienes ciertamente, no es llegada todavía la hora solemne de la desapasionada imparcialidad, porque, para fortuna nuestra, nos acompañan todavía en las agrias pendientes de la vida; sin deseo ni propósito de oscurecer en nada el lustre de queridos compañeros que han consagrado su ingenio á los combates del foro, á las arduas lucubraciones del estadista, á las nobles tareas del profesorado, á pacientes y provechosísimos estudios de nuestro idioma, á la investigación de los secretos de nuestra historia y á los amenos ejercicios de la gallarda composición en prosa ó á los encantos de la divina poesía; sin pretender amenguar en nada el impulso de la juventud que se levanta y que juzgará á nuestra generación en su día con entera independencia y con garantías de acierto; preciso es confesar que, cuando menos, si acaso hubiera en definitiva liquidación, un saldo favorable á nuestro progreso y perfeccionamiento, no es, por ningun concepto, todo el que correspondería á la época que nos ha tocado en suerte, y á las condiciones en que en ella nos hemos encontrado. Aun cuando pudiéramos presentar en cada materia uno ú otro nombre que sostuviera hoy honrosamente la comparación con el del naturalista, del matemático, del jurisconsulto, del médico, del historiador, del estadista, del filólogo, del humanista, y del poeta de la época precedente, y cuya memoria ha pasado á nosotros circundada de aureola magnífica de luz, no tendríamos lo bastante para salir airosos y dejar bien puestos los títulos de nuestra generación. El señalado y rapidísimo adelanto que, en Europa especialmente, han alcanzado durante este período todos los ramos del humano saber: la facilidad de las comunicaciones; la difusión del libro y del periódico: la perfección de los métodos para aprender: la mejora de los sistemas de enseñanza: la vulgarización de los idiomas extranjeros, antes tan desconocidos como el lenguaje de los dioses reservado sólo al conocimiento de los privilegiados sacerdotes: la traducción que se hace á nuestra lengua de todas las obras interesantes, casi al mismo tiempo que se publican; en una palabra, todo el medio intelectual en que nos movemos y vivimos, parece exigir que fuera muy grande la proporción en que, tanto por la calidad cuanto por el número, tuviéramos que superar á aquellos que admiramos y á quienes nos ha tocado reemplazar. Comparemos con los nuestros aquellos tiempos de tardía y dificultosa comunicación con los pueblos que son el emporio del mundo litera-

rio y científico: aquella limitación en los programas de enseñanza y escasez de medios para instruirse, con las numerosas asignaturas que después han tenido nuestras universidades dotadas de profesores, con textos adecuados y surtidas de toda clase de elementos, y se otorgará facilmente que no hay exageración al afirmar que si hemos adelantado, no es lo que debimos adelantar: que si es indudable que la instrucción general se ha difundido más por todas las capas sociales, no tenemos ó por lo menos, no tenemos en número proporcionado, los hombres especiales que debiéramos tener en las ciencias y en las letras: en una palabra, que podemos haber ganado en extensión, pero que también hemos perdido en solidez y en profundidad. Hanse generalizado sí nociones importantes respecto de muchas materias que antes constituían el patrimonio exclusivo de la inteligencia y de la aplicación de un número muy reducido: ha prosperado notablemente respecto de ellas la instrucción pública; pero los hombres que llenen todos los números en algún ramo de las letras ó de las ciencias, las figuras de propia y verdadera personalidad que dan tono y carácter, han quedado formando un círculo asaz estrecho. Pluguiese á Dios que fuese la modestia la inspiradora de estas reflexiones y que, sólo por efecto de la proximidad, no supiéramos apreciar la altura del monumento que hayan edificado nuestros contemporáneos, teniendo que aparecer calificados con las palabras del poeta: *laudatores temporis acti.*

Revolviendo el pensamiento á la investigación de las causas que pueden determinar ese resultado, no cabe revocarse á duda que ocupa entre ellas un lugar preferente la falta de concentración especial á cada asunto de los conocimientos humanos. Las solemnes palabras con que el sabio de Cos anunciaba el evangelio de su enseñanza, nunca como en los presentes días han podido reputarse por tan verdaderas y profundas. Como el microscopio ha encontrado en una sola gota de agua millares de imperceptibles organismos: como el rayo de sol nos descubre en cada punto del espacio que parece enteramente vacío, infinidad de átomos que revolotean y se agitan; la observación y el análisis han encontrado, no sólo en cada ciencia, sino en cada una de sus verdades y teorías, un número incontable de relaciones tan extensamente ramificadas, y que es tan difícil abarcar en su conjunto y en sus aplicaciones y detalles, que se explica muy bien cómo en los labios del que verdaderamente sabe, el principio de la ciencia se revela cuando llega á saber que todavía no sabe nada. Uno solo de los problemas de las ciencias políticas y sociales: el estudio de la naturaleza, síntomas, desenvolvimiento y curación de una sola enfermedad: la investigación de la historia de un pueblo: el estudio profundo de un solo idioma: el dominio cabal de alguno de los asuntos del derecho en todas sus fases: el conocimiento formal y serio de una literatura; y en fin, para no hacer un interminable catálogo, la posesión cumplida de las teorías de la naturaleza, conexiones y efectos de cualquiera de los agentes físicos, como el calórico, la electricidad, el magnetismo, bastan hoy para ocupar una vida entera de estudios y dedicación á todo el que pretenda sostener que verdaderamente ha profundizado cualquiera de esos temas. Cuando no se trata pues, de un problema solo y de una sola aplicación de una ciencia; cuando, como entre nosotros, no hay campo bastante ni condiciones propias para llegar hasta ese extremo en la división del trabajo intelectual, tan fecunda como lo es en el aspecto económico la división del trabajo material y mecánico, para ser no ya una eminencia sino algo que traspase los límites de la medianía vulgar, es indispensable la dedicación y el estudio; y sin ellos y faltando *el res lecta potenter*, el jurisconsulto no será tal; ni serán tales el médico, el humanista, el físico, el filólogo, el literato, el historiador ó el publicista.

Pocos son los hombres que, como

Tisso, decía de Voltaire, han recibido de la naturaleza, la razón de Locke, la elocuencia dramática de Euripides, las diversas especies de agudeza ingeniosa que brillan en Fontenelle, Pope y Hamilton, la originalidad satírica de Luciano, la urbanidad de Horacio, la festiva ligereza de Ariosto y la brillante facilidad de un francés lleno de gracia y elegancia, para poder ser simultáneamente gran filósofo, hábil político, sobresaliente poeta, eminente prosador, agudísimo crítico, temible polemista, distinguido filólogo y elegante y notable historiador. Pocos son los hombres que como Bello pueden á un tiempo redactar códigos como el código civil de Chile: escribir versos inmortales como los de la oda á la agricultura de la zona tórrida y los de la traducción de la oración por todos de Víctor Hugo: dictar una obra de Derecho internacional: escribir una Gramática tan filosófica y tan completa que en el concepto de los más entendidos peninsulares, pasa por el trabajo mejor acabado en ese importante ramo: producir un brillante tratado de filosofía: arreglar la nueva edición del poema del Cid, enriqueciéndola con variantes y preciosísimas anotaciones; y dar á la estampa una larga serie de trabajos históricos, críticos, jurídicos y biográficos.

Y sin parar mientes en esto, y olvidándose del *sudavit et alsit* del poeta venucino que reprodujo en otra forma el vate castellano en aquellos versos, de todos tan sabidos:

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento
Do nunca arriba quien de allí declina,

aspiramos á una ciencia fácil y cómoda que no imponga vigilias ni sacrificios: que no exija la consagración de nuestro tiempo y de nuestras facultades. Al contrario de lo que el personaje de la tragedia de Esquilo decía de Anfiarao, que estaba menos ansioso de parecer hombre de bien que de serlo en realidad; versos que al pronunciarse hicieron que todas las miradas del público griego se dirigiesen á la vez á Aristides el justo, generalmente nos preocupamos más de parecer que sabemos algo, que de saberlo sólida y profundamente. Llenos de perjudicial y devoradora impaciencia, sin dar á cada día y á cada situación lo que les corresponde, nos desvivimos con estéril ávidez por cortar violentamente un porvenir fuera de sazón, que no puede dar sino frutos de sabor amargo y repugnante. Con sólo hojear rápidamente los artículos de un Código, sin comprender sus disposiciones, sin penetrar su espíritu, sin estudiar su filosofía, sin investigar sus motivos, sin buscar el origen y los antecedentes, sin indagar al propio tiempo que la disposición de la ley, las enseñanzas de la razón, de la equidad y del derecho, no hay lo bastante para que nos erijamos en jurisconsultos. Con dar una lectura á los triviales preceptos de algun manual de retórica y poética, ó recorrer las páginas de alguna novela traducida del francés, ó bien de algun libro de versos, ó escribir tres ó cuatro frases de relumbrón, no hay lo suficiente para aspirar al título de literatos; y con fundamentos y estudios no más sólidos que éstos, no es dable improvisarnos publicistas, físicos, filósofos, economistas, críticos, matemáticos, escritores y poetas.

Y es que no hemos meditado detenidamente que la ciencia y el arte, como el fuego sagrado de las religiones paganas, quieren que sean sacerdotes suyos los que mantengan encendidos sus carbones; y que todo sacerdocio, para ser verdadero y fecundo, exige ese impulso irresistible, esa inspiración íntima, esa consagración pronta á llegar hasta el sacrificio, que se llama vocación. No hay que buscar apóstoles de la ciencia ni sacerdotes del arte en los que no están enamorados de su belleza y de su gracia: en los que no anhelan como término principal su goce y posesión, sino que pretenden sólo un título literario ó científico con que adornar su vanidad ó un medio de satisfacer las necesidades del vivir ó las urgencias de codiciosa

especulación, Recordando á este propósito las palabras de Pastor Díaz, he de repetir que no sólo son la ciencia y el arte más que la vida en el orden del tiempo, de suerte que no pueden exigir menos que la vida toda; pero además, son la inspiración, y la inspiración es el fanatismo. Si el fanatismo de la verdad hizo beber á Sócrates la cicuta, más tarde Galileo debía expiar en un calabozo la revolución de la astronomía: si Plinio corrió á sepultarse en el Vesubio y Arquímedes no sintió las pasos de los asesinos, Cook en nuestros días se dejó despedazar por los salvajes, y Lavoisier pedía á sus verdugos unos días de plazo para verificar un experimento. Recorriendo la inmensa galería de los conocimientos humanos: hojeando las páginas de aquel libro de oro que empieza en Homero para concluir en Cervantes, que alcanza desde Esquilo á Calderón y á Racine, que llega de Herodoto á Mariana, de Pitágoras á Kant, de Aristóteles á Cuvier y de San Pablo á Bossuet, apenas nos es dado preguntar con intención de duda si fuera de la consagración de la vida es condición general la medianía; si fuera de la dedicación exclusiva hay algún puesto para la gloria.

Convirtiendo más particularmente el discurso á las materias que forman el instituto de nuestra asociación, séame permitido decir que para progresar en ellas es imperiosa la necesidad del sólido estudio de la lengua y de la literatura de España y el de la lengua y la literatura de donde aquellas se derivan. Granada, Cervantes y Fray Luis de León: Lope de Vega, Calderón, Quevedo y Santa Teresa de Jesús: Feijoo y Ercilla: Jovellanos, Larra y Moratín; Lista, Lafuente, Bretón y otros tantos que sería prolijo enumerar, contienen un tesoro inagotable de ciencia y de enseñanza, al par que de bellezas de primer orden, de primores de lenguaje, de galas del buen decir, de modelos de exquisito gusto, de delicadas expresiones del sentimiento, de rasgos celebradísimos de naturalidad, ingenio y donosura. La gravedad filosófica, la ficción amena, la verdad histórica, la crítica profunda, la poesía dramática y la lírica, la epopeya y la sátira; todo tiene en las letras españolas, y especialmente en el siglo que con razón se llamó su siglo de oro, acabadísimos ejemplares que estudian con deleite y afán para inspirarse en ellos, los modernos literatos de la Península y los literatos de los otros pueblos de Europa. Perdemos pues una herencia preciosísima y un caudal inagotable al descuidar la lectura de esas obras que aplicando el precepto de Horacio, debiéramos estar hojeando *diurna nocturna manu:* al desentendernos de estudio tan fructuoso, necesario hasta para el cumplido conocimiento de la hermosa lengua en que por buena suerte nos tocó expresar nuestros pensamientos. Y de ahí, no sólo la vulgaridad de los asuntos, lo descuidado é impropio de las formas, y la infracción de los principios del buen gusto, sino hasta la falta de abundancia, riqueza y propiedad de las palabras. Ignorantes de un sin número de voces y expresiones para vestir la idea y para representar sus diversos coloridos y matices, reducimos el idioma á un círculo tan estrecho que hace imposible la soltura, la exactitud, la naturalidad y el donaire. Que si es innegable que las lenguas tienen que enriquecerse todos los días allegando juiciosamente términos y expresiones que correspondan á nuevos objetos y á necesidades y asuntos nuevos, no lo es menos que en la mayor parte de los casos en que no encontramos la palabra que responda á una idea, la frase que exprima toda nuestra intención, el término que llene precisamente el grado y la medida de lo que queremos significar, ha de atribuirse antes que á esterilidad y pobreza del idioma, á nuestra reprensible pereza en descubrir y explotar sus riquísimos veneros.

Dolernos deberíamos también del lastimoso abandono del idioma del Lacio; que si urgente es la necesidad del conocimiento de nuestra lengua y de las obras de sus buenos escritores, no lo es menor para el literato

el de la lengua de donde procede, si no de una manera absoluta, por lo menos en parte muy considerable, el habla castellana. Para demostrarlo, no urge traer á la memoria que en esa sabia y majestuosa lengua están escritos los soberbios argumentos y espléndidos períodos de las inmortales oraciones de Cicerón, así como sus magníficas obras filosóficas y las no menos ponderadas de Séneca: ni que en ella la tierna y delicada poesía pastoral ha exhalado sus ecos más suaves por los dulcísimos labios de Virgilio y la trompa épica ha lanzado á todos los vientos las sublimes resonancias de la Eneida. No es preciso decir que en ella escribieron Julio César sus comentarios, Salustio sus libros y sus historias y sus anales Tácito, el incomparable historiador, que sentado bajo el solio del genio, vibra como manojos de rayos las terribles maldiciones de la historia contra los Césares divinizados para quienes su pluma es azote que flagela sin compasión la inmoralidad y el crimen, y candente hierro que marca con señal de eterna execración la frente de los tiranos. No hay para que mencionar que en ella escribió Horacio el Arte poética, que con tanta razón se ha dicho que es para la poesía el código eterno de la razón y del buen gusto; sus preciosas odas filosóficas, sus famosas sátiras y sus alabanzas del vino, de la belleza y del campo y del amor. No hay necesidad de repetir que sirviéndose de ella lanzaba sus tristes y sentimentales lamentaciones la musa melancólica de Ovidio, el mismo que pulsaba con gracia original aunque desenvuelta y licenciosa, las cuerdas de oro de festiva lira; que en ese idioma dictó Quintiliano sus preceptos llenos de sabiduría, Juvenal sus sátiras vehementes, Lucrecio sus filosóficas doctrinas, Marcial sus originales epígramas y delicados madrigales, Tíbulo sus tiernas elegías, y Plauto y Terencio sus comedias. Basta para establecerla lo que ha dicho Bello con notable exactitud: que es difícil hablar con propiedad el castellano si no se posee la lengua madre de la que se derivan casi todos sus vocablos y frases y á la que en la construcción y el genio se asemeja tanto. Basta para justificar su utilidad, atender á que, como sostenía con razón el ilustre venezolano, nada hay que facilite más la adquisición de las lenguas extranjeras que el previo conocimiento de la latina, y nada que sea de tanta importancia para el cultivo de las bellas letras y áun para el de cualquiera ciencia, porque apenas hay alguna que no saque mucho partido de su conocimiento, como que su nomenclatura es casi toda latina ó griega. Con razón pues, concluía expresando el anhelo de que la juventud no se dejara alucinar por ese espíritu de vandalismo literario que corta el vuelo á las más nobles aspiraciones del ingenio: que halagando á la pereza quiere perpetuar la barbarie; y que condena como rancios y góticos, cabalmente los mismos estudios que desterraron de Europa el goticismo y la pulieron y civilizaron. Y con razón, indignado con la imprudencia de los que discuten y dudan si el estudio del latín debe ser la base de la ilustración clásica de la juventud, el renombrado profesor Monlau contestaba que tanto valdría discutir si nos conviene ó no renegar de nuestra buena madre, hacer trizas nuestra cuna, pegar fuego á la casa paterna, abdicar nuestras glorias y renunciar la herencia de la filosofía más sana, de la literatura más preciosa. No quiere decir esto, no, que haya de darse su enseñanza de una manera inconsulta y desabrida que sirva de tortura á la inteligencia de la infancia; pero sí que, siendo indispensable para el brillo de las carreras, hay que establecer amenos, racionales y progresivos métodos para su aprendizaje, graduando convenientemente los programas y haciendo resaltar sus naturales conexiones con los idiomas modernos, y más especialmente sus íntimas y casi constantes afinidades con la lengua de Castilla. Así lo han comprendido la culta y pensado-

ra Alemania; la sesuda Inglaterra; la ingeniosa Francia y muchos otros pueblos de Europa; y aun los Estados Unidos de la América del Norte no han pensado que su enseñanza formal en sus institutos, se opusiera al carácter práctico de la nación ni á sus instituciones eminentemente democráticas. A su cultivo constante, de que son una muestra magnífica la Gramática latina de Caro y Cuervo y los profundos estudios de Miguel Antonio Caro sobre las obras de Virgilio y su renombrada traducción de la Eneida que ha merecido justos elogios de la propia Academia Española, es deudora Colombia en mucha parte del lustre extraordinario de sus letras, con el que, en concepto de no pocos, ha grangeado el título de la Atenas hispano-americana.

Para concluir, señores, dejadme que señale también rápidamente entre las causas que, en mi concepto, obstan de una manera gravísima á nuestro progreso literario y científico, ese aislamiento en que vivimos, esa falta de comercio y de comunicación intelectual para que cambiemos nuestras ideas con las ideas de los otros; esa privación absoluta de provechosos ejercicios, de utilísima conversación con los demás, de serenas pero fecundas discusiones en que manifestemos nuestras dudas, sostengamos nuestras teorías y ensayemos en las luchas de la razón y de la palabra nuestra personalidad intelectual. Si pensamos, parecemos anacoretas del pensamiento; y como languidecen y se atrofian los órganos del cuerpo que carecen de ejercicio; como enferma y se aniquila el robusto pulmón ó la llama vigorosa que no encuentra oxígeno para alimento, languidecen, se atrofian y mueren las más privilegiadas facultades condenadas á vergonzosa inercia y fuera de la saludable agitación y del movimiento vivificador sin el cual, paralizadas las corrientes del pensamiento, se corrompen como las aguas estancadas. Como el atleta griego adquiría sus formas hercúleas y sus gigantescas fuerzas en las pruebas constantes de la lucha y en los ejercicios de la gimnasia, los hombres que vemos descollar en las ciencias y en las letras, casi todo lo deben principalmente á la actividad en que han mantenido sus talentos y á los ejercicios en que han robustecido cada día más las naturales fuerzas de su ingenio. Y he aquí por qué hasta la palabra *gimnasio*, que designa el lugar ó establecimiento destinado para los ejercicios y luchas corporales, designa igualmente los centros y academias destinados á la enseñanza y á las tareas del pensamiento. Formando amistosa asociación para la discusión de los temas de jurisprudencia: con un ateneo para conversar y discutir sobre materias sociales y económicas: con un centro para tratar de asuntos históricos: con otros análogos para los médicos, para los físicos, para los filólogos y literatos ¡cómo veríamos crecer y propagarse el amor de la verdad y de la ciencia! ¡cómo palparíamos al punto sus inapreciables ventajas por la necesidad de no dejar abandonados nuestros libros y nuestros estudios, por el aliciente que nos crearía el estímulo de nuestros compañeros, por el atractivo poderoso siempre de la asociación y de la fraternidad; y por el fruto y el agrado que de la comunicación se obtiene, áun para la simple lectura de las obras instructivas ó amenas. Pero si á la concentración y al silencio á que naturalmente parece propender el carácter nacional; si á los motivos exteriores que influyen en esa falta de expansión, de intimidad y de confianza que se advierte, agregamos el poco empeño ó la total indiferencia para acercarnos y unirnos con los suavísimos lazos de las vocaciones literarias ó científicas, debemos desesperar tristemente de conseguir para nuestra generación el puesto honroso y el distinguido nombre que por derecho le correspondería conquistar. ¿Qué son mientras están sepultados en las entrañas de la tierra esos pedazos de carbono que después de tallados hábilmente y expuestos á la luz la descomponen en multitud de vivísimos colores y con su brillo deslumbran nuestros ojos?

¿Qué son esos mismos brillantes ya pulidos y tallados, si en vez de estar heridos por los rayos del sol, se quedan encerrados aunque sea en preciosísimos estuches?

Nosotros que tributamos afectuoso, aunque no deslumbrante sino pobre y humilde culto á la belleza literaria, tenemos la fortuna de haber iniciado y constituido ya esta Academia, sencilla y modesta sí, pero patrióticamente animada del designio de producir algún bien, hasta donde alcancen sus elementos y sus generosas intenciones. Si acaso me es lícito decir una palabra de lo que tiene carácter personal, diré con mucho gusto que, por mi parte, encuentro en la agradable é instructiva conversación con mis queridos compañeros, un manantial fecundo de distracción, de bienestar y de consuelo: que la amistad y las letras humanas, como esas flores que nacen tal vez en las grietas de algún árido peñón ó entre las ennegrecidas piedras de olvidadas ruinas, son casi los únicos atractivos y las solas alegrías de algunas dolorosas situaciones de los hombres y el verdadero bálsamo de las dolencias agudas del espíritu. Sin ellas, sin la recreación de asociaciones tan simpáticas, sin el consuelo de los libros impregnados de la inteligencia y de la sensibilidad de los que por su ingenio son los verdaderos representantes de la divinidad, ¿qué sería de las existencias carcomidas por el cáncer roedor de la desgracia ó de los pesares? Benditos nuestros libros, esos amigos siempre constantes y siempre fieles, que á la inversa de lo que de los otros dijo el poeta, si se retraen de nosotros en los días de felicidad, jamás nos dejan solos en las nubladas horas del infortunio: amigos prontos siempre á entablar con nosotros agradable plática; siempre dispuestos á apartarse en cuanto nos disgusta su presencia, siempre mudos cuando no queremos oír su voz, y que jamás nos hacen traición ni se quejan de nosotros ni contra nosotros se irritan! Benditas las sociedades como la nuestra, en que todo es cariño y fraternidad; en que el alma encuentra un abrigo semejante al puerto que toman los náufragos después de la deshecha tempestad; y en que, lejos de envenenadas contiendas políticas, limpios de innobles ambiciones y sin aspirar á ningún bastardo interés, sólo se busca agradable ocupación y honesto entretenimiento para la inteligencia, provechoso solaz para el ánimo cansado de las tareas diarias y constantes de la vida; y en que sólo se anhela colocar un grano, aunque sea imperceptible, en el monumento del porvenir literario de nuestra tierra queridísima. ¡Felices de nosotros si logramos verla crecer y prosperar; y si su engrandecimiento y su prosperidad ceden de algún modo en honra y en bien del nombre y del progreso de la patria!

Don J. Víctor Sánchez es el Administrador de este periódico. Con él deben entenderse todos los que tengan asuntos que tratar respecto á la suscrición.

Por ausencia del Sr. Arzú Batres, desempeña el cargo el citado D. J. Víctor Sánchez, á quien se servirán los agentes remitir el producto de lo que se recaude. La suscrición se paga por trimestres anticipados.

Dirección: Tipografía "La Unión," 8.ª C. P., número 6.